P. MANUEL TRAVAL Y ROSET
DE LA COMPAÑIA DE JESUS

MILAGROS EUCARÍSTICOS

5.ª Edición

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-149-1

Depósito legal: M. 3.543-2011

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

PREAMBULO

Llegada la plenitud de los tiempos, vino al mundo Jesucristo Nuestro Divino Salvador, realizándose en su adorable persona aquellos misterios que principalmente constituyen el dogma católico: la Encarnación, esto es, Dios unido a la naturaleza humana; la Pasión, Dios inmolado por el hombre; y la Eucaristía, Dios hecho, en cuanto es posible, una misma cosa con el hombre que le recibe.

La fuente y origen de estos inefables misterios, es el amor infinito del Supremo Hacedor. Sic Deus diléxit múndum, ut Fílium súum Unigénitum dáret *(1). Amó Dios tanto al mundo, que le dio a su Unigénito Hijo.*

A este amor infinito de Dios, añadió el Unigénito del Padre el estupendo prodigio de darse a sí mismo, en el augusto Sacramento del Altar, pues no le sufría su amoroso Corazón separarse de nosotros y dejarnos huérfanos en el borrascoso mar de este

(1) Joan. VIII. 16.

mundo. Ecce ego vobíscum sum ómnibus diébus usque ad consumatiónem saéculi *(1). He aquí que yo mismo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos; perpetuándose en el Tabernáculo los tres grandes Misterios; porque la Eucaristía es la Encarnación continuada, el Sacrificio constante y la Unión cotidiana del hombre con Dios.*

La Omnipotencia divina ha hecho que, siendo inmenso por naturaleza, se haya reducido a los estrechos límites de una Hostia consagrada, víctima de su inefable bondad; que siendo rico, como soberano dueño que es de innumerables mundos, se sometiera a la pobreza de un Sagrario, esclavo de su inagotable caridad; que siendo esencialmente libre, se constituyera preso, encadenado con cadenas de amor; que siendo honrado y ensalzado por las jerarquías angélicas, se expusiera a los ultrajes e injurias de los hombres, sobrellevándolas con admirable paciencia y mansedumbre; y finalmente, que siendo Rey de cielos y tierra, se hiciera obediente a las palabras de la consagración, con estupenda e inaudita fidelidad.

Como Sacerdote eterno, según el orden de Melquisedech, dirige desde el Tabernáculo santo el perfume de continua y ferviente oración, que, en olor de suavidad, llega al Padre celestial y desvía los rayos de la divina Justicia, irritada por las maldades de los hombres. Sémper vívens ad interpellándum pro nóbis (2). *Siempre vivo para interceder por nosotros, constituyéndose, además, nuestro Padre, para consolarnos y recrearnos como a hijos; nuestro*

(1) Mat., XXVIII, 20.
(2) Heb. VII, 25.

Maestro, para enseñarnos su celestial doctrina; nuestro Médico, para curar nuestras dolencias, y nuestro Consolador, para alentarnos en todas las amarguras y penalidades de la vida.

Mas para colmarnos de sus imcomparables beneficios la primera disposición que exige de nosotros es la fe en El. Esta exigió a las Hermanas de Lázaro, a San Pedro, al Paralítico, al Ciego de nacimiento, a la Hemorroisa y a otros innumerables a quienes concedió en recompensa las gracias que anhelaban alcanzar; elogiando en el Centurión a todos los que hicieran una espléndida manifestación de ella.

Avivar, pues, en las almas la lumbre de la fe en Jesús Sacramentado, con lo cual se obtendrá ilimitada confianza en sus bondades y acrecentamiento en el intenso amor que le debemos, he aquí el intento de este pequeño librito.

Aprovechará especialmente a los que por vez primera alberguen en sus pechos a Jesús Sacramentado: quienes, aun cuando hayan sido debidamente preparados con gran copia de excelente doctrina, sin embargo, por ser tierna su fe, y para que no sucumba ésta a la violencia de encontrados vientos, es menester vigorizarla; a cuyo intento prestará un poderoso servicio esta colección de prodigios eucarísticos, ya que con su lectura se va dando cuenta el piadoso niño de la admirable conformidad que tienen con la creencia religiosa acerca del Sacramento: utilizándose, además, para un tan alto y noble fin, el gozo y la particular fruición, que la narración de los ejemplos suelen despertar en la inteligencia y corazón de los niños.

¡Plegue al cielo sea viva la fe de todos los fieles cristianos en la Sagrada Eucaristía!

DEL SIGLO I AL SIGLO XI

INSTITUCION DE LA SAGRADA EUCARISTIA

Jesucristo, nuestro divino Salvador, habia cumplido con la misión de enseñar a las gentes el camino del cielo.

Llegábase ya la hora en que había de ofrecer su Cuerpo y Sangre en verdadero sacrificio para reconciliar con Dios a todo el linaje humano.

Cesaba el Antiguo Testamento con sus figuras y promesas, e iba a inaugurarse el Nuevo con sus excelencias y realidades, y como Jesucristo hubiese amado toda su vida a los suyos, quiso dejarles antes de morir la prenda más sensible de su cariño. El mismo Cuerpo y Sangre que había de ofrecer en la cruz, nos le quiso dejar perpetuamente en holocausto, no visible y sangrienta, sino invisible e incruento, pero real y verdadero debajo de especies de pan y vino, el cual pudiese ofrecerse innumerables veces al Padre eterno para aplicar a los hombres los merecimientos de la Pasión de su Santísimo Hijo.

Congregados los Apóstoles en Jerusalén para comer en el Cenáculo el cordero pascual, después que Jesucristo acabó aquella obra de tanta humildad y caridad como fue lavar los pies a sus discípulos, al sentarse de nuevo a la mesa arrebató la mirada de todos por la luz de divina Esencia que en aquella ocasión destellaba en su persona con más viva y hermosa claridad, significándoles que se disponía a obrar una muy singular y estupenda maravilla.

En efecto: tomando en sus manos un pan que había quedado en la mesa, levantó sus divinos ojos al cielo, y después de dar gracias lo bendijo con peculiar bendición, lo partió y dio a sus discípulos, diciendo: "Tomad y comed; porque esto que os doy es mi cuerpo; el mismo que ha de ser entregado por vosotros y puesto en la cruz por la salud del mundo". Con gran respeto y veneración recibieron los Apóstoles el celeste manjar, creyendo firmemente que la carne del Hijo de Dios era verdadera comida que sustenta el alma para la vida eterna.

Estaban todavía absortos en la contemplación del soberano misterio que acababa de realizar el divino Maestro, cuando tomó luego en sus manos un cáliz lleno de vino mezclado con alguna poca de agua, y dando asimismo gracias a su eterno Padre, lo bendijo y dio a beber, diciendo: "Bebed todos de este cáliz, porque lo que os doy a beber en él, es mi sangre, con que se confirma el Nuevo Testamento, aquella misma que será derramada en la cruz por vosotros para remisión de los pecados". Y recibiendo los discípulos de manos de su Maestro el cáliz, bebieron de él con toda devoción, no dudando que bebían la Sangre de Cristo, que mitiga la sed del alma ansiosa de los bienes eternales, y es precio y rescate de la redención del mundo.

Después de haber experimentado los Apóstoles las inefables dulzuras de tan divino alimento, como quisiese el Señor que este Sacramento y sacrificio de la nueva ley durase en su Iglesia hasta el fin del mundo, añadió: "Esto que me habéis visto hacer, hacedlo en adelante vosotros en mi memoria". Excelsa potestad, en virtud de la cual lo más grande que hay en el cielo y lo más magnífico que puede existir en la tierra se ofrece a los mortales en la manera más grandiosa y sublime. Manda sagrada que cumplieron los Apóstoles íntimamente persuadidos que no sólo honraban la memoria de Jesucristo, sino que se incorporaban con El y que ofrecían su cuerpo y sangre en sacrificio invisible acepto a la divina Majestad y perdurable hasta la consumación de los siglos.

P. Luis de la Palma, S. J.
Historia de la Sagrada Pasión.

UN NIÑO MARTIR

Año 257, Roma

La Iglesia Católica experimentó en su misma cuna tan terribles persecuciones de parte de sus enemigos, que la habrían extirpado sobre la haz de la tierra si la sangre de innumerables mártires cristianos que regó las calles, plazas y anfiteatro romano, no fuera semilla fecunda que acrecentara de día en día el número de los creyentes.

La fortaleza de ánimo mostrada por estos valerosos atletas de la fe en las sangrientas pruebas a que se los sujetaba, se debía al fervor con que todos los días procuraban recibir el Pan de los fuertes, y cuando cargados de cadenas se hallaban como sepultados en los más hediondos y obscuros calabozos, no tenían otro consuelo y alivio fuera del que se les deparaba al gozar las dulzuras de la Sagrada Eucaristía; mas el procurarles esta dicha era empresa ardua y peligrosa, especialmente para los sacerdotes a quienes se buscaba con odio infernal por los encarnizados enemigos del Cristianismo.

En el año 257 algunos cristianos encerrados en la

cárcel Mamertina de Roma habían de padecer el martirio, y deseaban antes participar del augusto Sacramento, pero la vigilancia de los guardias y lictores se extremaba de tal suerte, que era poco menos que imposible socorrerles con este auxilio divino.

Sin embargo, en las Catacumbas el Pan consagrado estaba ya sobre el Ara santa, y el sacerdote volviéndose hacia el numeroso concurso de fieles, buscaba con sus miradas a quien confiar empresa tan difícil como de gloria de Dios, cuando he ahí que Tarsicio, niño de apenas diez años, se adelanta, dobla sus rodillas ante las gradas del altar y extiende sus brazos en ademán de recibir la Prenda divina.

Allí estaba... bello como un ángel, sin abrir sus labios, fijos los ojos en el ministro de Dios como si dijera: "Aquí me tenéis, Padre, confiadme misión tan arriesgada, confiádmela... por favor...".

"Hijo mío, le dice el sacerdote hondamenta conmovido, eres demasiado niño." Mas él no se mueve; antes persevera de rodillas aguardando la gracia suspirada. Insiste el ministro del Señor: "¿No ves que eres tan niño? ¿Y quieres tú que te confíe el Tesoro de los cielos? —¡Oh!, sí, Padre mío. Antes bien, por verme tan pequeño nadie sospechará de mí, y podré con seguridad llegarme a los mártires. !Por Dios, Padre, no me neguéis esta gracia!" Al decir esto se inflamaba su semblante, y dulces lágrimas surcaban sus mejillas.

Renueva Tarsicio con tanto fervor sus instancias, que, vencido por fin el sacerdote, no puede resistir más a sus ruegos. Tomando, pues, el Santísimo Sacramento, lo envuelve con suma reverencia en un blanco lienzo, lo introduce en una bolsa y lo entrega a Tarsicio, diciendo: "Hijo mío, no te olvides que fío en

tus manos el Tesoro de los cielos, evita, por tanto, los lugares públicos y demasiado tumultuosos, y advierte que las cosas santas no han de entregarse a los perros, ni las preciosas margaritas a inmundos animales". Bañado de gozo celestial esconde Tarsicio el sagrado Tesoro en su pecho, lo cubre con su túnica, y cruzando sobre él los brazos, exclama: "Moriré mil muertes antes que dejármelos arrebatar".

Parte al punto de las catacumbas con su amado Jesús.

Para llegar a la cárcel Mamertina le faltaba sólo atravesar una plaza, y pensaba cómo la cruzaría sin llamar la atención, cuando una turba de muchachos le divisó y acercándose a él: "¡Hola, Tarsicio! —dijeron— ¿Tú por aquí? Ven a completar el número jugando con nosotros". Y cogiéndole uno de ellos por el brazo lo empujaba hacia el grupo. "No puedo complacerte, Petilio, gritaba el niño, no puedo porque voy corriendo a un encargo que urge mucho."

Pretendía Tarsicio escaparse, pero viendo que le tenían fuertemente asido, rogóles con voz suplicante le soltasen, y no logrando quedar libre, sollozaba apretando más y más sus brazos al pecho.

En esto, dícele otro: "Quieras que no quieras, jugarás hoy con nosotros, mas antes veamos qué llevas en el pecho que escondes con tanto afán". Y al punto extendió la mano para arrebatarle el sagrado Misterio. "¡Oh, no, eso no!, ¡jamás!, ¡jamás!, exclamaba el niño, fijando los ojos en el cielo en demanda de auxilio. —Lo queremos ver, gritan todos a porfía, hemos de saber qué secreto es ese que ocultas." Y lanzándose sobre él se asieron de sus brazos para separárselos. Tarsicio, empero, resiste enérgicamente, y durante la lucha reunióse en torno gran número de curiosos.

Entre los espectadores había un cruel enemigo de los cristianos, quien reconociendo a Tarsicio, vociferó con rabia diabólica: "Ese niño es un cristiano que lleva los Misterios a los mártires". Al oír estas palabras, todos gritaron: "¡Queremos ver los Misterios¡ !Queremos ver los Misterios!...".

Y luego granizaron sobre el pobre Tarsicio puñadas, golpes, piedras... mas él no cedía a la violencia de tan rudos embates. Copiosa sangre le sale de la boca, todos sus miembros tiene magullados, hasta que falto de fuerzas cae medio muerto en tierra conservando apretado contra su pecho el inestimable Tesoro.

Creíanse ya vencedores aquellos malsines, cuando se presenta casi de improvisto un cristiano militar de fuerzas hercúleas llamado Cuadrato, el cual emprendiendo a unos y a otros logra ahuyentarlos a todos quedándose solo con el invicto niño, y arrodillándose profundamente emocionado junto a la inocente víctima, le habla de esta manera: "¿Qué es esto, Tarsicio?... ¿Padeces mucho?... ¡Ten buen ánimo!...". Abriendo entonces el niño sus ojos agonizantes, sonrióse como un ángel y díjole con voz casi imperceptible: "¡Oh, Cuadrato!, aquí estoy, no, no me han podido arrebatar los santos Misterios, en el pecho los llevo, salvadlos".

El oficial levantó en peso al pequeño mártir y lo tomó en sus brazos como quien llevaba no sólo a un mártir, sino al mismo Rey de los mártires. El niño descansaba su cabeza sobre las robustas espaldas del militar y apretaba todavía con sus manos el Tesoro que se le había confiado. El camino de vuelta a las Catacumbas era largo, pero el guerrero apresuraba el paso y al poco tiempo llegó al pie del altar.

Todos los fieles allí congregados rodearon al moribundo héroe de la Eucaristía; el sacerdote no

pudo contener las lágrimas al descubrir intacto en el seno de Tarsicio el depósito confiado, y mientras con dificultad separaba los rígidos brazos del santo niño, dirigióle éste una dulce mirada de satisfacción y expiró. La Iglesia recuerda su tránsito el día 15 de agosto.

Sus reliquias fueron enterradas en el cementerio de Calixto, y más tarde se trasladaron a París, en la Casa de Huérfanos de San Vicente de Paul.

Acta de los Mártires

PROFANADORES CASTIGADOS

Año 362, Cartago (Africa)

La justicia divina no siempre castiga al hombre en el momento mismo que comete un crimen, sino que muchas veces la infinita misericordia parece salir a su encuentro para desarmarla y detener siquiera por algún tiempo su brazo airado a fin de que el delincuente se arrepienta de su culpa, logre el perdón y se salve.

No obstante, para quitar del corazón humano la temeraria confianza en la bondad de Dios y hacer que siempre aborrezca el pecado, se consignan en los anales históricos innumerables hechos de terribles castigos justamente merecidos por nefandos crímenes perpetrados.

San Optato, obispo de Mileva, en la Numidia, refiere que en Cartago cuando comenzó el cisma de los Donatistas, movidos éstos por el odio que profesaban a la Iglesia Católica, cometieron muchos desmanes, lastimando los sentimientos religiosos de los que se mantenían fielmente adheridos a las enseñanzas y doctrinas de la verdadera Iglesia de Cristo.

Llegó a tal extremo la perfidia de los herejes, que se unieron a la chusma del pueblo siempre dispuesta al crimen, y formando un grupo numeroso, con horrible desenfreno se entregaron al pillaje saqueando cuantas iglesias podían, con gran sentimiento de la ciudad.

En una de ellas tuvieron la osadía de profanar y robar los vasos sagrados, y no sabiendo qué hacer de las Hostias consagradas que en ellos se contenían, las arrojaron con diabólico cinismos a los perros de la calle para que se las comieran. Pero ¡justo castigo de Dios!, en el mismo instante los perros se volvieron rabiosos, y con espantoso furor se lanzaron contra los inicuos profanadores y los despedazaron, vengando de esta suerte la injuria hecha al Santísimo Sacramento.

San Optato, Cisma de Los Donatistas Baronius,
"Annales Eclesiastici", tomo IV, página 101, litt. e.

SALVACION DE UN NÁUFRAGO

Año 390, Italia

En los primeros siglos de la Iglesia se permitía a los fieles, cuando habían de emprender un peligroso viaje, llevar consigo la Sagrada Eucaristía.

En cierta ocasión, Sátiro, hermano del gran obispo Ambrosio, se embarcó en Italia con rumbo a las solitarias playas de Africa. La nave se deslizaba sobre la superficie del mar, cuando de pronto cedió la brisa, siguiéndose una calma precursora de gran tempestad. El cielo limpio y diáfano fue empañándose más y más, y un continuo relampaguear indicaba fraguarse la tormenta amenazadora.

Fue tomando cuerpo y cerrando los horizontes la nube plomiza de la tormenta que al pasar por el cenit rompió como si el fuego expansivo de un volcán se encerrase en sus entrañas.

El mismo mar, antes espejo transparente y fiel trasunto de la limpidez y serenidad del cielo, se mostraba turbio y embravecido ahora, barriendo en sus oleadas de hirviente espuma, la cubierta del barco, que amenazaba sepultar en los abismos.

En lucha tan gigantesca se deshace por momentos el bajel, y Sátiro al darse cuenta del inminente peligro no quiere morir privado del santo Misterio, por locual se dirige presuroso a los cristianos compañeros suyos de viaje rogándoles le concedan el poder llevar consigo la Prenda divina, objeto de su mayor consuelo: y aun cuando por ser catecúmeno no le era lícito ni siquiera ver la Sagrada Eucaristía, sin embargo, debido a sus muchas instancias, logra al fin la gracia suspirada de llevarla encima el pecho envuelta en un blanco y finísimo lienzo.

Al verse en posesión del Tesoro de los cielos se tiene Sátiro por feliz y dichoso, y mucho más al sentir en su alma una confianza ilimitada en la virtud del Sacramento, de suerte que en el mismo instante del naufragio se arroja decidido al mar, y sin ayuda de ninguno de los restos de la nave, a los que se asían fuertemente los demás tripulantes, experimenta el manifiesto milagro de andar por encima de las aguas como si estuviese en tierra firme, y llega el primero a la hospitalaria playa de Cerdeña.

Persuadido Sátiro que el Santísimo Sacramento le había tan milagrosamente salvado, creyó que mayores favores recibiría cuando lo albergase en su pecho, y determinó cuanto antes recibir el santo Bautismo.

San Ambrosio refirió este prodigio en la oración fúnebre que pronunció en Milán con motivo de las solemnes exequías de su difunto hermano San Sátiro.

La Iglesia honra su memoria el día 17 de septiembre.

(Rohrbacher, Historia Universal de la Iglesia, lib. 36.)

EL PAN DE LOS HEREJES

Año 400, Constantinopla

San Juan Crisóstomo, esclarecida lumbrera de su siglo, llamado por los raudales de sagrada elocuencia que fluían de sus labios "boca de oro", y por lo contundente de su vigorosa argumentación "martillo de la herejía", convirtió con su predicación a innumerables herejes macedonios, entre los cuales hubo uno a cuya mujer como se obstinara en seguir afiliada a los sectarios, plugo al Señor le sucediera un hecho maravilloso que determinó al fin su perfecta conversión.

Las verdades católicas expuestas por Crisóstomo mostrábanse tan evidentes al marido, que le pareció no debía tolerar por más tiempo el que profesara su mujer los perniciosos errores de la herejía, y persuadíale que los renunciase y abrazara la fe ortodoxa, pero ningún fruto sacaba de sus amonestaciones ni de sus largas discusiones, porque era grande la tenacidad con que asentía al modo de opinar de los herejes, hasta que, agotados todos los medios de reducirla al buen camino, la amenazó con

separarse de ella si cuanto antes no accedía a sus deseos siguiendo el buen ejemplo que le había dado.

La mujer, por cumplir con su marido en la apariencia, mas perseverando en su obstinación, le dijo que haría lo que la mandaba, y concertándose primero con una criada suya, acudió a un templo de herejes, y tomando el pan que falsamente consagrado daban a sus adeptos, dióselo a la criada para que lo guardase; luego se fue a la iglesia de los católicos, con su marido para comulgar y asegurarle que era católica, y recibiendo la Hostia consagrada, fingiendo que se inclinaba para orar, la dio a la criada que estaba a su lado, y tomó de ella el pan recibido de los herejes, el cual se convirtió en piedra.

La desventurada mujer, atónita y fuera de sí, dio parte a San Juan Crisóstomo de lo que le había sucedido, y él la redujo a la fe católica y publicó el milagro, guardándose para perpetua memoria de él, en Constantinopla, aquella piedra en que el pan de los herejes se había convertido.

(Sozomeno. Vida de San Juan Crisóstomo, l. 8, c.5. —Baronius, Annales Eccles., t. 5, p. 126, litt. c, d.)

RAMILLETE DE ESPIGAS:

Año 513, Seleucia Anatolia

Si maravillosa y sorprendente aparece la transubstanciación que, en virtud de la poderosa eficacia comunicada por Dios a las palabras del sacerdote, se verifica en la sacrosanta Eucaristía, convirtiendo la substancia del pan en el cuerpo y sangre de Cristo, no es menos admirable que las especies sacramentales en virtud de la omnipotente diestra del Altísimo, germinen y produzcan lozanas y exuberantes espigas de trigo, como de ello da testimonio la siguiente relación histórica:

Habitaba en Seleucia un rico comerciante, fanático hereje severiano, aunque no hostil a la verdadera Iglesia romana.

Entre los varios criados que le prestaban servicio había uno muy ferviente católico, que tomó en Jueves Santo la Sagrada Comunión, y habiéndose llevado, como era costumbre de aquellos tiempos, otras santas Formas envueltas en blanco finísimo lienzo, las depositó en un armario para cuando quisiese comulgar o llevarlas consigo, caso de tener que emprender algún viaje.

Después de Pascua recibió la orden de ir a Constantinopla por cierto urgente negocio, y al

ponerse en camino, olvidado por completo de los santos Misterios, entregó la llave del armario a su dueño.

Al poco tiempo, como el hereje abriese el tan preciado mueble que a manera de Tabernáculo guardaba la Joya más rica de cielos y tierra, halló el inmaculado lienzo que envolvía las sacrosantas Hostias, y a su vista experimentó gran turbación de espíritu, no sabiendo qué hacerse. "Comulgar, decía entre sí mismo, me lo prohibe la doctrina severiana que profeso; despreciarlas, no lo consiente mi corazón, porque todo lo que atañe a la Religión Católica merece mi respeto... ¿Qué haré?... Las dejaré intactas hasta que mi siervo vuelva... quien, sin duda alguna, las recibirá en Comunión".

Llegó el día solemne de la Cena del Señor, y como el criado no hubiese vuelto todavía de su largo viaje, le pareció al dueño sería conveniente quemar aquellas antiguas Formas a fin de que no permanecieran por más tiempo encerradas; pero ¡oh prodigio!, al abrir el armario ve con asombro que habían germinado y producido un ramillete de hermosas y doradas espigas de trigo.

Atónito y espantado por tan grande maravilla, convoca al momento a todos sus domésticos y clamando "Señor, ten piedad de nosotros", se dirigen en devotísima procesion a la iglesia para presentar las milagrosas espigas al santo obispo Dionisio, declarándole el portento sucedido visto de innumerables personas de todas edades y condiciones; y mientras unos repetían "Señor, ten piedad de nosotros", otros daban incesantes gracias a Dios por tan raro prodigio, que motivó la conversión de muchos a la fe ortodoxa.

(Baronius, Annales Ecclesiastici, tomo 6, pág. 626, litt. b.c.)

CURACION ESTUPENDA

Año 536, Grecia

San Agapito I, ilustre Pontífice, de extraordinaria pureza de costumbres, gran piedad y vastos conocimientos, se granjeó el respeto y veneración de todo el pueblo cristiano. Desplegó desde el principio de su corto pontificado un carácter vigoroso e inflexible cuando los herejes trataban de atacar el dogma católico, manifestándose siempre muy penetrado de la importancia del deber que le imponía su dignidad, como jefe visible de la Iglesia, de conservar intacto el sagrado depósito de la fe ortodoxa.

Emprendió un viaje a Constantinopla, entre otros motivos, para oponerse a los herejes eutiquianos y a la protección que les dispensaba el emperador Justiniano. En este tan largo camino pasó por un pueblo situado junto a los límites de Grecia, donde había un joven mudo, horriblemente encorvado, que nunca pudo pronunciar una sola palabra ni levantarse del suelo en que casi se arrastraba.

Sus padre, creyendo que el Sumo Pontífice podría

curarle, se dirigieron presurosos a su encuentro, se arrodillan a sus pies, y derramando muchas lágrimas le suplican se digne remediar a un hijo tan querido como desgraciado.

Enternecido el Papa preguntóles si tenían fe en que el enfermo podría recobrar la salud, y contestaron que esperaban el remedio de la divina Omnipotencia por mediación de San Pedro. Entonces se recogió el Pontífice, hizo oración y luego celebró el santo sacrificio de la Misa, terminada la cual, al separarse del altar tomó de la mano al encorvado, como hizo un día San Pedro al que estaba en la puerta del templo de Jerusalén, y a vista de todo el pueblo el joven paralítico se levantó y se puso a andar.

Después le administró la sagrada Comunión, y en el mismo instante se le soltó la lengua y habló con gran pasmo y admiración de los que presenciaron tan estupendo milagro, que sirvió para acrecentar la veneración al sucesor de San Pedro y la fe en el augusto Sacramento.

San Agapito murió el día 17 de abril del año 536, pero la Iglesia honra su memoria el día 20 de septiembre, en que fueron trasladados sus restos de Constantinopla a Roma.

(San Gregorio el Grande, Diálogo libro 3, capítulo 3.)

RISA INCREDULA

Año 596, Roma

Cierta matrona romana, señora principal, solía enviar al bienaventurado San Gregorio las hostias que ella misma hacía para el santo sacrificio de la Misa, mostrándose en esta obra muy solícita y cuidadosa.

Al maligno espíritu, capital enemigo de todo lo bueno, que según expresión del Apótol San Pedro anda alrededor de nosotros como león rugiente aguardando el momento de la presa, le pareció excelente ocasión para turbar a la señora primero con tentaciones de vanagloria, luego con impertinentes dudas acerca de la fe en el augusto Sacramento, y finalmente haciendo que sin dejar las prácticas piadosas cayera en manifiesta incredulidad.

En efecto: aconteció un día estando arrodillada esta señora en el altar para recibir la Comunión de manos de San Gregorio, en el momento solemne en que el Santo Pontífice iba a darle la Sagrada Hostia diciendo aquellas palabras que usa la Iglesia: *Corpus Dómini nostri JesuChristi custódiant ánimam*

tuam, ponerse a reír la referida señora como si hubiese perdido la fe y la devoción.

Al advertir el Santo retiró al punto la mano y puso sobre el ara del altar la Forma consagrada. Acabada la Misa preguntó el Pontífice delante de todo el pueblo a la señora la causa de su risa en aquella ocasión tan impropia. Sorprendida por tal pregunta, no se atrevía al principio a declarar el motivo, mas después, dijo: "Me río de que digáis que ese pan que yo he amasado sea el Cuerpo de Cristo".

Admirado de la repuesta San Gregorio no contestó palabra, pero se puso al instante con todo el pueblo a orar al Señor para que alumbrara con su divina luz a aquella mujer incrédula.

Apenas acabaron su fervorosa oración sucedió una maravilla, y fue que la Hostia sacrosanta se dejó ver en carne humana, y en esta forma, presente el pueblo allí congregado, la mostró también el Santo Pontífice a la señora, cuyo prodigio la redujo, al punto, a la fe de este misterio y confirmó en ella a todos los circunstantes.

En presencia de tan gran portento determinaron seguir orando, lo que se hizo con extraordinario recogimiento y fervor, hasta que se vio como aquella carne se reducía a la forma de hostia que antes tenía, y tomándola el Santo Pontífice en sus manos la dio en comunión a la señora; glorificando todos al Supremo Hacedor que se dignó obrar tales maravillas para que un alma recuperase la fe en el augusto Sacramento.

San Gregorio murió en el año 604, y la Iglesia honra la memoria de un tan gran Pontífice el día 12 de mayo.

(Pablo y Juan, diáconos, Vida de San Gregorio Magno, lib. 2, cap. 21.)

CADENAS DESATADAS

Año 604, Lethe Persia

La Sagrada Eucaristía ofrecida en el santo sacrificio de la Misa, aprovecha no sólo a los difuntos, mas también a los vivos por quienes se aplica, siendo en muchísimas ocasiones el consuelo y alivio de los pobres cautivos cristianos, aherrojados por los infieles en las más horribles mazmorras.

En confirmación de esta verdad, San Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría en el año 608, solía referir a sus feligreses el hecho en su tiempo reciente, de un joven natural de Chipre que tuvo la desgracia de caer en manos de los persas y fue llevado cautivo a una lejana y obscura cárcel de Lethe, donde le cargaron de grillos y cadenas.

Varios de los presos que allí estaban supieron burlar un día la vigilancia de los guardas y huyendo se fueron a Chipre. A la noticia de su llegada corren a su encuentro los padres del joven cautivo, para preguntarles si sabían de él, a lo cual respondieron, confundiéndole con otro, que había fallecido y que ellos mismos le habían dado cristiana sepultura.

Al recibir tan triste noticia fue grande el desconsuelo de los padres, brotando de sus amantes corazones los

sentimientos del más profundo dolor; pero no se olvidaron en su aflicción de hacer celebrar tres veces al año, Misas en sufragio del hijo que creían difunto, hasta que después de cuatro años, habiendo éste podido escapar de tan dura prisión se embarcó para Chipre, apareciendo inopinadamente entre sus deudos y allegados.

No hay para qué ponderar la grata sorpresa que todos experimentaron cuando contemplaban con sus propios ojos al supuesto difunto, hasta que algún tanto calmadas emociones tan vivas, empezó el hijo a referir, una por una, las innumerables penalidades sufridas en su largo cautiverio.

Dijéronle luego los padres cómo hacían celebrar tres veces al año en los días de los Santos Teófanes y en la semana antes de Pentecostés, Misas por él, a lo cual después de reflexionar un momento, respondió que coincidía precisamente con los tres días del año que en la cárcel se le aparecía radiante de luz y claridad un joven de incomparable hermosura, el cual de un modo invisible le desataba las cadenas y entonces se movía libremente por doquiera sin ser visto ni molestado de nadie, pero al día siguiente, sin saber cómo, se encontraba de nuevo atado con ellas.

La relación de este prodigio hizo que todos reconocieron haberse obrado en virtud del santo sacrificio de la Misa, ofrecido para bien de un hijo que se suponía difunto, y le aprovechó vivo, aliviándole en su triste y penosa condición de cautivo cristiano.

San Juan el Limosnero murió hacia el año 615 en Amathonte (isla de Chipre), y la Iglesia le conmemora el día 23 de enero.

(Surio, Vida de San Juan el Lismonero, § 25.—Baronius, Annales Ecclesiastici, tom. 8, pág. 238, litt. e, pág. 289, litt a.)

RESURRECION DE UN DIFUNTO

Siglo VI, Sarlat Francia

San Sacerdote, abad del monasterio de Sarlat, en Perigord, estaba en oración con sus Religiosos cuando vino un mensajero que le anunció la muerte de su padre.

El piadoso Abad fue sin pérdida de tiempo al encuentro de su madre, para templar la tristeza que embargaba su corazón; pero mientras más se esforzaba en consolarla, ella le dijo con gran sentimiento: "¡Hijo mío!, tu padre no ha podido recibir la Prenda de vida eterna, el sagrado Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo".

Al oir estas palabras fue mayor el desconsuelo del Santo, e inspirado de Dios, se arrodilla junto al cuerpo inanimado de su padre, y persevera largo tiempo en oración. Se levanta, animado de una fe viva, toma la mano fría del difunto y le llama dos veces por su nombre.

A la voz ahuecada y temblorosa del contristado hijo, el padre se levanta como si despertara de un profundo sueño, y dirigiendo lentamente la mirada a su

alrededor hasta fijarla en su hijo, dice: "Hoy mismo ha sido mi alma separada del cuerpo sin estar fortificada con la recepción del Pan de vida; pero gracias a los ruegos y los méritos de mi hijo, Dios ha permitido resucitara por obtener esta dicha".

Al estupor que naturalmente había ocasionado un tan gran milagro, se sucedieron en todos los presentes las emociones del más extraordinario contento y alegría.

San Sacerdote se apresura a administrar a su padre la santa Eucaristía, y en el momento que la recibe, el rostro del venerable anciano se reanima y manifiesta estar inundado su espíritu de gozo y dicha celestial. El hijo se arrodilla para recibir de su padre la última bendición. El padre extiende la mano hacia el hijo amado, le manifiesta su reconocimiento por medio de algunas palabras llenas de ternura y amor, y entrega luego plácidamente su alma a Dios.

(Bolandistas, 5 de mayo.)

CONVERSION DE UN DUQUE

Año 785, Aix-le-Chapelle, Francia

Aquel magnánimo rey de los francos, Carlomagno, no siéndole dado subyugar al orgulloso duque de Sajonia, Witikindo, como lo había hecho ya con la fuerza de las armas a los de su nación, y no perdiendo por otra parte la esperanza de ganárselo a su amistad y gracia, tomo la determinación de mandar embajadores que le propusieran una entrevista enviándole al propio tiempo rehenes que garantizasen la seguridad de su persona.

Witikindo, más por temer la nota de cobarde que por dar gusto al Rey, aceptó la propuesta de ir a su corte; y llegado a ella, la majestad y bondad de Carlomagno lograron lo que tantos y tan valerosos ejércitos francos no habían obtenido, pues el indomable sajón rendía en señal de respeto sus armas al Emperador y se congratulaba de ser amigo de un tan poderoso príncipe. Pero Carlomagno no quedaba satisfecho de haberle ganado para sí y su nación, aspiraba a más su noble y religioso corazón, deseaba conquistarle para Cristo.

En efecto: el día en que Witikindo se presentó a la corte de Carlomagno hízole examinar atentamente la Religión de Cristo, que tan cruelmente había hasta entonces perseguido. Conocerla y sentirse preso de admiración y amor fue cosa de un instante; así que, abiertos los ojos a la luz de Dios que interiormente obraba en él aquella mudanza, no pensó más que en recibir el Bautismo para hacerse cristiano, y, volviéndose a su país, dio de mano con los ídolos y errores del paganismo.

Poco tiempo después de su llegada a Sajonia, no estando todavía suficientemente instruido en los misterios del Cristianismo, vínole curiosidad de ver lo que pasaba en los reales católicos de Carlomagno, y para hacerlo más a su placer vistiose en hábito de peregrino y vase a *Aix-le-Chapelle,* donde por ser tiempo de Semana Santa toda la gente comulgaba y la armada francesa cumplía con el precepto Pascual.

Andaba Witikindo de una parte a otra con grande atención y piadosa curiosidad, observándolo todo sin cansarse de admirar la belleza de las ceremonias católicas; mas siendo pocos días después reconocido por un oficial del Emperador, llamole Carlomagno a su palacio y le preguntó cuál era el motivo de su viaje en traje tan humilde. "La curiosidad, respondió el sajón: he pensado, conmigo mismo, que así pobremente vestido tendría más comodidades de examinar lo que pretendía. —Y ¿qué impresión, díjole el Emperador, os han producido los Oficios del culto católico?— Todo me ha impresionado profundamente; empero, lo que me ha causado mayor admiración es que cuando el sacerdote volviéndose a vosotros os daba un pequeño pan, he visto que ese pan se convertía en un tierno niño resplandeciente de hermosura; le he contemplado con sumo gozo de mi

espiritu, y mis ojos se fijaron en él al ver como tendía los brazos y se dirigía con amor hacia todos los que se llegaban al pie del altar; pero he reparado que a algunos se entregaba de muy mala gana, con manifiestas señales de repugnancia y horror."

"Dios os ama, Witikindo, respondiole el Emperador, pues os ha concedido la gracia de haber visto lo que nosotros creemos por la fe. El pan se convierte en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo así que el sacerdote acaba de pronunciar las palabras de la consagración. El se da con alegría a las almas puras, y por el contrario se entrega con indignación a los que tienen su corazón manchado por el pecado. Plugo al Señor manifestaros este misterio a fin de obrar vuestra perfecta conversión."

El Duque abrazó luego con todo su pueblo la Religión Católica.

(Rohrbacher, Historia Universal de la Iglesia, libro 53. — Crantzius, Hist. de los Sajones, lib. 3.)

NUBE MISTERIOSA

Año 900, Mantua, Italia

Varones eximios en sabiduría y santidad han experimentado unas veces por su larga duración molestas, otras por lo imprevistas peligrosas y con frecuencia terribles tentaciones contra la fe, especialmente cuando acometen en el ejercicio mismo de los actos de religión.

Las permite muchas veces el Señor para que se entienda cuán poca cosa es la ciencia humana comparada con la divina, y tenga el sabio en qué humillarse al ver que ha de luchar contra el espíritu de las tinieblas, con la misma arma que usa el niño cristiano cuando se atiende a lo que le enseña el pequeño libro de la "Doctrina Cristiana". Dios todopoderoso, infinito en santidad, no puede engañarse ni engañarnos, luego lo que revela la Iglesia Católica es verdad de fe, y si así luchando todavía insiste la tentación, suele entonces la paternal providencia de Dios acudir en socorro de sus escogidos para que obtengan el más completo triunfo del infernal enemigo;

En las Crónicas de la Orden de San Jerónimo se refiere que el Venerable Fray Pedro de Cavañuelas, prior de Guadalupe en Mantua, fue muy combatido de tentaciones contra la fe en el augusto Sacramento del Altar, y aun cuando se esforzaba en desacharlas, seguían, no obstante, atormentando al Religioso, diciéndole el pensamiento cómo podía ser que hubiese sangre en la Hostia. Quiso el Señor librarle del todo de tan molesta tentación de un modo maravilloso, y fue que diciendo el Prior un sábado Misa de Nuestra Señora, después que hubo consagrado ambas especies, al inclinarse para recitar la oración *Supplices te rogámus,* vio una nube, que descendió de lo alto y cubrió todo el altar, de manera que con la oscuridad no podía ver ni la Hostia ni el cáliz.

Espantado de este acontecimiento, rogó al Señor con muchas lágrimas que le quisiese librar de este peligro, y manifestar por qué causa aquello había acaecido. Aún no había concluido su oración cuando la nube, imagen fiel de la oscuridad que padecía su alma, principio a remontarse lentamente hasta desaparecer.

Recobraba el Religioso algún tanto la confianza cuando sobrevino un nuevo prodigio que le llenó de mayor turbación, pues al fijar sus ojos en el altar observa que la Hostia consagrada había desaparecido y que el cáliz estaba descubierto y sin una gota de la preciosísima Sangre que en él se contenía.

Fue tan grande el espanto y temor que recibió al notar lo ocurrido, que quedó como muerto, y tornando en sí comenzó con gran dolor de su corazón a rogar de nuevo a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, cuya Misa decía, le perdonasen si lo que había sucedido era por su culpa, presentando ante el

acatamiento divino su corazón contrito y humillado en vez de la Víctima adorable que había de ofrecer.

Plegaria tan humilde inclinó los cielos en favor del Sacerdote, que en su aflicción vio venir por el aire una patena muy resplandeciente, y la Hostia, que en ella estaba, se colocó encima de la boca del cáliz y comenzó a destilar sangre gota a gota hasta igualar la que antes había en el vaso sagrado.

Tal sucesión de maravillas dejaron atónito y fuera de sí al venerable Prior que no sabía qué hacer, pues fluctuaba su corazón por la violencia de encontrar afectos de temor y de confianza, cuando oyó una voz que le dijo: "Acaba el Santo Sacrificio , y séate en secreto este milagro que se ha obrado para confirmar tu fe en la Eucaristía, y no dudes que la Sangre de Cristo está en la Hostia lo mismo que en el cáliz".

El acólito o el ministro que servía la Misa, ni otro alguno de los asistentes vio el prodigio ni oyó la voz; sin embargo, todos se preguntaban el motivo de la interrupción de la Misa y de las abundantes lágrimas del celebrante.

La razón se supo después de su muerte, en que se halló todo lo sucedido escrito en una cédula de su mano puesto entre su confesión general, lo cual él hizo en señal del secreto que le fue mandado guardar.

(Crónica de San Jerónimo, lib. 1°, cap. 9.)

MILAGROSAS HUELLAS

Año 940, Praga Bohemia

San Wenceslao, duque de Bohemia, tenía una singular devoción al augusto Sacramento del Altar. Ella le hacia reverenciar a los sacerdotes, anticipándose a ellos con señales de honor y diferencia, favoreciales cuanto podía y en el tiempo de la Misa se creia muy honrado en poderles servir de su propia mano todo lo necesario para el Santo Sacrificio.

El intenso amor que profesaba a Jesús Sacramentado, en donde más se manifestó fué en las frecuentes visitas que, ya de día, ya de noche, hacía en los templos para adorarle. Caso que el templo estuviese cerrado, se arrodillaba junto a la puerta y allí permanecía estático en oración, y si la distancia o escasez del tiempo no le permitían acercarse a él, de lejos dirigía su vista hacia el Tabernáculo, para ofrecer vasallaje a Dios, oculto en la Sagrada Eucaristía.

Un día nevaba copiosamente, y yendo el Santo con los pies desnudos para visitar el Santísimo Sacramento en las iglesias, el criado que le acompañaba se iba quejando del frio excesivo que sentía. «Pon, le dijo

Wenceslao, tus pies sobre las huellas de los mios«. El acompañante así lo hizo, y apenas dió algunos pasos, comenzó a sentir que del hielo pisado por el Santo Rey salía un suave calor, que maravillosamente le confortaba.

Este prodigio hizo entender al criado cuánto agradaban al Señor las visitas que Wenceslao le hacía en el Santísimo Sacramento.

(Lorenzo Surio, Vida de San Wenceslao, a 28 de sepbre.)

EL GROLIFICADOR GLORIFICADO

Año 940 Worms Alemania

Otón I, emperador de Alemania, había intimado a todos los Príncipes del imperio que se reuniesen en la ciudad de Worms para una junta general, y Wenceslao, duque de Bohemia, que también había sido convocado, hallábase el día señalado en la ciudad, pero antes de ir a la corte quiso oir la Santa Misa.

Celebrábase ésta solemnemente, por lo que alargó el tiempo de su estancia en la iglesia. Los Principes ya estaban reunidos, y como sólo faltase Wenceslao, llevando pesadamente aquella tardanza, entraron en sospecha de que difería su llegada para ser recibido por aquel noble Congreso con actos de reverencia y obsequio.

Para humillar, pues, la supuesta vanidad del Duque, determinaron que a su llegada ninguno se moviese de su sitio, ni se mostrase atento ni obsequioso con él, y como si esto no fuera bastante, persuadieron al Emperador a que se abstuviese también de toda demostración de cortesía y respeto.

Mas el Señor, que se burlaba de sus necios consejos y quería remunerar y honrar en Wenceslao al insigne glorificador del Santísimo Sacramento, ordenó que las cosas fuesen por muy diverso camino. Porque

viendo el Emperador entrar por la puerta del gran salón a Wenceslao acompañado de dos hermosísimos ángeles resplandecientes como el sol, que colocados uno a la derecha y otro a la izquierda le hacían la corte, llevado de una gran admiración, se levantó al punto, baja las gradas del trono y atravesando la sala va a recibirle. Hazle una profunda reverencia, lo toma cortésmente por la mano y lo conduce al trono para que ocupe el sitio de preferencia a su derecha.

Los Príncipes que presenciaron todo esto, levantándose de pie por respeto al Emperador que se había levantado, atónitos por tales demostraciones de honor inesperadas, mirabánse fijamente los unos a los otros sin saber a que atribuir todo lo que veían, hasta que el Emperador, advirtiendo la sorpresa de aquellos nobles caballeros por haberse él excedido tanto en honrar al Bohemio contra la expectación de todos, dijo que se maravillaba sobremanera de que ellos no hubiesen visto aquellos prodigiosos resplandores que en su derredor esparcían los celestiales espíritus, que con muestras de singular amor habían acompañado a Wenceslao.

Llenos de admiración al oír eso aquellos Príncipes, inclináronse humildemente ante Wenceslao, y confesando la culpa de su temerario juicio, le pidieron perdón.

Otón concibió tanta benevolencia y veneración para con el santo Duque, que le obsequió con muy preciosos dones y le concedió el título de Rey de Bohemia, con facultad de esculpir en su escudo la divisa imperial del Aguila negra en campo blanco.

Así quiso Dios acá en la tierra remunerar la singular piedad de Wenceslao hacia el Divino Sacramento.

(P. Pedro Laurenti, S. J. Le Maraviglie del SS. Sacramento, página 126.)

INVASION SARRACENA

Año 993 San Cugat del Vallés España

El hecho más antiguo que del Santísimo Sacramento se registra en España es el de San Cugat del Vallés, en Cataluña, pueblo situado en campiña feraz a unos diez kilómetros de la ciudad de Barcelona.

Fué San Cugat, monasterio de historia gloriosa entre los insignes Benedictinos, famoso en toda la Cristiandad; durante la Edad Media a él acudían peregrinos de las naciones más lejanas; los más preclaros Reyes francos, en su fundación, lo protegieron y colmaron de privilegios, los Condes de Cataluña y después Reyes de Aragón lo tomaron bajo su égida poderosa.

A su sombra florecieron varones tan insignes como el abad Otón, el que acompañó al conde Borrell a Córdoba; como Raimundo de Moncada, Bernardo Estruch, Gayolá, Azara y Montero. En su recinto se meció la primera imprenta catalana; bajo sus bóvedas se celebraron Cortes en tiempos de Don Martín y Don Alfonso el Magnánimo, y se acogieron insignes artistas que allí dejaron marcada, para siempre, la señal luminosa de su paso.

Levantado sobre las ruinas del Castillo Octaviano, recuerdo de la dominación romana, regada la tierra de sus cimientos con la sangre preciosa de los grandes mártires de Cristo, San Cucufate, Santas Juliana y Semproniana, San Medín y San Severo, cuyas cenizas guardó por largos siglos, cual augusto relicario; es por otra parte tal monasterio uno de los monumentos arquitectónicos más espléndidos de que puede gloriarse Cataluña.

Pero lo que hizo más célebre a San Cugat del Vallés fué un prodigio eucarístico del que hablan varios historiadores.

«En el sagrario de su célebre iglesia se conserva incorrupta una santa Hostia de forma orbicular y una pulgada de diámetro, en cuyo centro se lee XPS; es, sin duda alguna, de pan ázimo.

»La tradición así refiere su origen: En el año de 993, invadiendo estas tierras los sarracenos y habiendo destruido todo el poder del Conde de Barcelona y muerto al mismo en la llanura conocida con el nombre de «Matabóus», el abad Otón, huyendo precipitadamente del furor de los enemigos del nombre cristiano, escondió esta santa Forma envuelta en unos corporales, los cuales, cuando pasada la furia de la invasión sarracena, volvió Otón para recoger el sagrado depósito, hallólos ensangrentados.

«Estos lienzos se conservan separadamente en un relicario y se ven rastros de sangre: un letrerito puesto allí, dice: *Hoec linteámina sunt sancta corporália vétera, et in medio est Corpus Dómini involútum in capsa lígnea.* Quiere decir: Estos lienzos son unos santos corporales antiguos, y en ellos está envuelto el cuerpo del Señor que se guarda en esta caja de madera.

*El día 6 de abril del año 1409, visitó formalmente

la santa Hostia el Abad Don Berenguer de Rejadell, y la rompió en dos partes iguales, como hoy se ve, hallando incorruptas las especies sacramentales».

Continuó este prodigio hasta mediados del siglo XIX, en que por presentar tan preciosa y antiquísima reliquia señales de corrupción, retiróse del Sagrario donde estaba reservada y se colocó en el archivo.

(D. Cayetano Barraguer. Las casas de Religiosos en Cataluña, t. 1°. cap. 1°, art. 12, pág. 108.- Libro de visitas, Archivo de la Corona de Aragón.- Visitas de los Reales... 1830).

REPIQUE DE CAMPANAS

Año 1010, Iborra España

A un cuarto de hora de Iborra, modesta villa situada en la provincia de Lérida, existía en tiempo de San Ermengol y aun existe hoy, una ermita titulada de Santa María, de la cual era párroco un sacerdote llamado Bernardo Oliver.

Cierto día del año 1010, hallándose este sacerdote celebrando Misa, al tiempo de consagrar el cáliz, le ocurrió una duda acerca de la verdad del augusto Sacramento; cuando a un hombre de fe le ocurren semejantes dudas, conociendo que unas veces son efecto de la imaginación y otras tentación del maligno espíritu, el desprecio o la fervorosa oración deben bastarle para desecharlas.

Pero según parece, el desgraciado sacerdote en vez de obrar de este modo, hizo presa de la duda y se detuvo en ella voluntariamente. Entonces el Señor, haciendo uso de su gran misericordia, al par que de su infinito poder, quiso desvanecer con un prodigio aquella sospecha indigna, y poner de manifiesto en aquel momento lo que ocultan las especies sacramentales.

En efecto; suspendiendo por algunos instantes las leyes de la naturaleza, hizo brotar del cáliz del Sacrificio una fuente de sangre hirviente, tan abundante y copiosa, que rebasando los bordes del vaso comenzó a derramarse, primero sobre los Corporales, luego por el altar, y finalmente por el suelo de la ermita, con extraordinario estupor del sacerdote, que no sabía lo que le pasaba, y de todo el numeroso auditorio, que quedó sumido en el mayor asombro.

Con la celeridad del rayo cundió la alarma por todas partes, y unas pobres mujeres corriendo presurosas, empaparon la preciosa sangre en unas estopas, que fué lo primero que hallaron a mano.

Entretanto un nuevo milagro corroboraba el primero. Las campanas de la ermita impulsadas por Dios habían comenzado a repicar solas, y no hay para que decir cuál fué la admiración de todos. Horas después era ya conocido el milagro en todo el término, y la gente de las villas inmediatas acudían a contemplar la grandeza del portento.

Uno de los que acudieron fué San Ermengol, que a la sazón se hallaba en Guisona. El Santo al ver el prodigio, no pudo menos de conocer que «el dedo de Dios estaba allí», y tomando parte de aquella preciosa sangre, marchó a Roma y la presentó a Su Santidad, que enternecido y deseando mostrar su agradecimiento por tan inapreciable regalo, dió en cambio al Santo varias reliquias importantes, entre otras, una espina de la corona del Salvador.

Todas ellas, en unión de los Corporales ensangrentados que aun se conservan y veneran en la citada villa de Iborra, son objeto de una festividad anual que sostiene viva la tradición del prodigio.

Además, existe como prueba documental del mismo, un antiquísimo escrito, copia exacta de la Bula

que el Papa Sergio IV dió en el año segundo de su Pontificado, para autorizar el culto de la reliquia portentosa.

En el Real Monasterio de Sijena, provincia de Huesca, diócesis de Lérida, se conserva una parte de la estopa empapada con la sangre que brotó del cáliz, en Iborra.

(D. Adolfo Clavarana, Lecturas populares, Colección 3º, pág. 106.- D. Emilio Moreno Cebada, Pbro. Glorias Religiosas de España. Nuestra Señora de Iborra, en Solsona, tomo 2, página 459).